
VIVENCIAS DE UN PEREGRINO BOCAIRENTINO

El camino de Santiago en la historia, el camino de Santiago hoy

Santiago de Compostela, Ciudad Santa Universal, después de Jerusalén y Roma, es desde la Edad Media una ciudad con un cúmulo de historia enorme y todo gracias al encuentro en ella del Sépulcro de Santiago el Mayor, conocido también con el nombre de «Hijo del Trueno», en el siglo IX, en un lugar de Galicia, en donde un obispo de Iria Flavia no salía de su asombro al ver el «fulgor de la estrella», en el sitio donde se suponía reposaban los restos del Apóstol Santiago.

Desde el momento que se creyó que en Compostela o «Campos de Estrellas» reposaban los restos del Apóstol, esta pequeña aldea gallega se convirtió en meta de muchedumbres de peregrinos que, provenientes de España y de toda Europa, recorrían lo que se conoció para la historia con el nombre de «Camino de Santiago», estos peregrinos venían en busca de perdón de sus pecados, hacer penitencia y caridad, además tenían una fe fuerte en el Señor Sant-yago.

El «Camino de Santiago» se desarrolló desde todos los puntos de Europa (Alemania, Francia, Bélgica) confluyendo en España por los Pirineos en dos entradas, la primera por Roncesvalles (Camino Navarro) y la segunda por Somport (Camino Aragonés) y desde allí cada uno separado hasta Puente la Reina en «donde todos los caminos se hacen uno».

Los peregrinos atravesaban en España Estella, Nájera, Santo Domingo de la Calzada, Burgos, Frómista, Sahagún, León, Astorga, Ponferrada, Lugo, Sarria, Mellid, Palas de Rey hasta llegar finalmente a Santiago, configurando una historia que muchos han calificado como el eje del cual nació y se desarrolló Europa.

Los peregrinos jacobitas del Medievo, entre los cuales había obispos, jefes de Estado, reyes,

mendigos, princesas, frailes, entre los cuales estuvo San Francisco de Asís que postró ante el Apóstol en 1214, caballeros, artistas, hombres de letras, etc., tuvieron que sortear numerosas dificultades para un viaje tan largo, se establecieron a lo largo del Camino hospitales de peregrinos y hospederías que ofrecían a estos alimento y mesa, y para las inclemencias del tiempo, en el correr de los años, todos los peregrinos adoptaron la misma indumentaria: un sombrero de ala ancha para la protección del sol y la lluvia, manto o capa para resguardarse del viento, bordón o palo para la defensa de los animales, la escarcela colgando del cinto para llevar el dinero y la calabaza, colgada del bordón para enjuagar la sed con el agua o el vino, sobre la esclavina se colocaba la concha o vieira, que tenía distintos usos según la necesidad y que en todo caso servía para comer, beber o pedir limosna.

Así los peregrinos jacobitas, cruzaban Navarra, Aragón, Castilla, León y finalmente entraban en Galicia por Cebrero y en las puertas de Santiago lavaban sus cuerpos de las impurezas, que les impidiesen venerar al Apóstol Santiago; debieron ser duras jornadas, en las que los peregrinos se animaban en el Camino cantando himnos religiosos de los cuales ha quedado como más característico el Canto del Ultreya.

No sólo estaban expuestos a las inclemencias del tiempo, sino también a los bandoleros, a los árabes, de ahí la necesidad de peregrinar en grupos. Ya al final de muchos días de camino y kilómetros, al menos 750 en España, llegaban a Santiago de Compostela «la más feliz de todas las ciudades de España y la más Excelsa», así reza Aimerico Picaud, autor del Códice Calixtino, considerando algo así como la primera guía para llegar a Santiago, desde España una vez atravesados los Pirineos.

El paso del tiempo no ha hecho más que aumentar la importancia histórica, religiosa y cultural del Camino de Santiago, y hoy en día ya no se ven grupos de bandoleros, ni a los árabes intentando frustrar ese descomunal esfuerzo humano, haciendo camino, paso tras paso.

El peregrino de hoy, cuando sale de Valencia hacia Pamplona en tren para continuar rememorando a sus antiguos compañeros, ciertamente no sabe qué va a encontrar en este largo peregrinaje de casi 750 kilómetros desde Roncesvalles a Santiago en el otro extremo. El peregrino cree tener las piernas fuertes y el cuerpo recio para resistir todo cuanto pueda venir en los próximos días e imagina que no deben ser muy distantes las condiciones de viaje de un peregrino medieval a las de un peregrino actual, yendo a pie son los mismos kilómetros, las mismas montañas, páramos, valles, únicamente es el hombre de hoy, sucesor de aquel hombre medieval, el navarro, el castellano viejo, el leonés y el gallego de hoy, quienes han contemplado a los peregrinos de hoy, de a pie, pasar por sus ciudades, pueblos, aldeas, con las mismas o parecidas intenciones que antaño.

El peregrino con lluvia en Roncesvalles, decide ponerle alas a sus pies y con el beneplácito del Señor Sant-yago, inicia el 1 de septiembre el Camino de Santiago, que en Navarra entre hayas y robledales no es muy pesado, acompaña también la generosidad de los navarros, desde Pamplona en unas jornadas se llega a Puente la Reina, lugar cumbre de peregrinos, aquí todos los caminos se juntan y se hacen uno hasta llegar a Santiago. Estella, Nájera y Santo Domingo de la Calzada, bellas y austeras tierras que se jalonan tranquilamente, a partir de aquí el paisaje se vuelve más y más áspero entrando en Castilla, la tierra tan vieja y noble sublimemente cantada por Antonio Machado, los páramos castellanos son de una dureza extraordinaria y este peregrino recuerda en el tiempo a sus antiguos compañeros de sol, sed y fatigas, los pueblos tan distantes unos de otros, no obstante el peregrino se recrea pensando que lo importante

no es salir de Roncesvalles y llegar a Santiago, sino hacer el Camino en sí, paso tras paso, día a día, desde que amanece el sol hasta que por el horizonte dice adiós hasta mañana.

En Burgos aparecen las primeras lluvias y el aviso de lo que será la húmeda y fértil Galicia, estas lluvias se ausentan rápidamente y el calor de este sol de septiembre vuelve a apretar de nuevo.

Palencia y León, tanto o más que Burgos, están cargadas de historia, aquí el Camino es sorteado por la gran estepa castellana ya ganando muchos kilómetros al espacio. Al pasar León, el peregrino ya no va solo, como sus antiguos compañeros, el Camino ha hecho que nos juntemos varios, desde catalanes, alcoyanos, valencianos, castellanos, belgas, ingleses, todos, unos delante y otros detrás vamos desgranando los días, las horas y los minutos y recibimos después de casi veinte días de sol implacable a la señora lluvia a las puertas de Galicia, que ya no nos abandonarán hasta Santiago, junto a la lluvia, la niebla y el viento nos acompañan ya junto a las verdes praderas, frondosos robledales, abedules de hojas plateadas, aldeas con cruceiros, viejas iglesias, historias de meigas.

Llegamos ya varios peregrinos a Santiago, cumpliendo antes en Lavacolla el rito tantas veces celebrado en el río de lavar el cuerpo, nosotros ante la mañana fría y húmeda simbólicamente nos lavamos la cara.

Atrás han quedado los días de sueño, cansancio, sed y hambre, de marcar casi sin quererlo un pie tras otro durante 23 días y algo más de 750 kilómetros y todos recitamos una pequeña oración ante la tumba de Santiago cantando gozosos el canto del Ultreya dando gracias por haber llegado incólumes desde tan lejanas tierras a Santiago de Compostela.

Bocairent, 15 de noviembre de 1982.

VICENT FERRE I DOMENECH
Peregrinación a Compostela
del 31 de agosto al 23 de septiembre
de 1982

